

elegido. Monarca por monarca Enrique de Bearne me parecía preferible para el orden y libertad de la nación. He dado, pues, mi voto á Enrique V, así como el vecino de mi derecha ha podido votar por Luis Felipe I, el de mi izquierda por Napoleón II, y el de enfrente por la república.

Hay hombres que después de haber prestado juramento á la república una é indivisible, al directorio en sus cinco personas, al consulado en sus tres miembros, al imperio, á la primera restauración, al acta adicional, á las constituciones del imperio y á la segunda restauración, aun tienen algo que prestar á Luis Felipe: yo no soy tan rico.

Hay hombres que han arrojado su palabra sobre la plaza de Greve en julio, como los cabreros romanos que juegan á pares ó nones entre las ruinas. Esos hombres no han visto en la última revolución mas que un lance de fortuna; con tal que dure lo suficiente para que puedan utilizarlo en su provecho. Lo demás nada les importa. Esos tales acostumbran tratar de imbécil y de tonto á quien no acomoda la política á sus intereses particulares; pues bien yo soy un imbécil y un tonto.

Hay personas tímidas que bien quisieran escusarse de haber jurado; pero que temiendo ser degollados ellos, sus padres, sus abuelos, sus nietos y toda su parentela, han tartamudeado como han podido su juramento: afortunadamente yo no he conocido aun esa enfermedad; si noto alguno de sus síntomas, avisaré.

Hay grandes señores del imperio, unidos á los sueldos que gozan con lazos sagrados é indisolubles, y que nunca han creído fijar la atención en la mano que se los ha concedido; porque un sueldo es para semejantes hombres una especie de sacramento que imprime carácter como el sacerdocio y el matrimonio: una persona que disfruta una pensión no puede dejar de disfrutarla. Yo hace mucho tiempo que estoy divorciado con la fortuna, y como ya soy viejo trato de repudiarla públicamente, antes que ella me deje del todo.

Hay eminentes barones del trono y del altar que no han cometido la menor traición contra las reales órdenes: ¡no! pero la insuficiencia de medios empleados para poner en ejecución esas reales órdenes han irritado su bilis: indignados de ver que el despotismo ha cometido errores han ido á buscar otras antecámaras. No me es posible participar de su indignación ni de su nueva morada.

Hay hombres de conciencia que no son perjuros mas que por ser perjuros; que cediendo á la fuerza, no por eso dejan de ser menos partidarios del derecho: esos hombres se lamentan de la suerte de aquel pobre Carlos X, á quien por de pronto arrastraron á la ruina por medio de sus consejos, y luego á la perdición por sus juramentos; pero si en algún tiempo volviera ese monarca ó su raza á resucitar esos hombres serian unos verdaderos rayos de la legitimidad. Yo he tenido siempre simpatías con la desgracia; yo seguiré el convoy fúnebre de la antigua monarquía como el perro sigue al féretro del pobre.

Por último hay leales caballeros que llevan constantemente en su bolsillo dispensas de honor y permisos de infidelidad: yo carezco de semejantes autorizaciones.

Yo era el hombre de la restauración posible, de la restauración con toda especie de libertades. Esa restauración me tomó por enemigo: se arruinó, mas yo debo sufrir su destino. ¿Lré yo á dejar pendientes de una nueva fortuna los pocos años que me quedan como esas largas colas de ciertos vestidos femeninos tan expuestos á ser pisados por todo el mundo? Si me colocaba al frente de las nuevas generaciones, sería sospechoso; detrás de estas no hay puesto decoroso para mí. Bien conozco que ninguna de mis facultades ha nvejecido: comprendo mejor que nunca el espíritu

de mi siglo, y penetro mas atrevidamente que nadie en el porvenir; pero la necesidad ha pronunciado ya su fallo el hombre público debe necesariamente tratar de concluir su vida de un modo decoroso.

Antes de dar fin á este escrito debo prevenir un error que podría nacer en ciertos ánimos por lo relativo á cuanto acabo de decir.

Dícese que los supuestos realistas no aspiran á mas que á ver la Francia atacada por la Europa. Pues entiendase que el día que la Francia se viese invadida ese seria el momento en que me creeria obligado á dar un nuevo rumbo á mis deberes. Soy incapaz de engañar á nadie! Tan leal seré á mi patria, como á los juramentos que he prestado. Realistas, si es que hay alguno de vosotros que se cree autorizado con mi voto para apelar á las bayonetas extranjeras, acabaos de desengañar acerca de mis opiniones: volved á inflamar vuestro odio y vuestras calumnias contra mí; consideradme como un renegado: un abismo sin límites nos separa. Hoy sacrificaría gustosamente mi vida en obsequio del hijo del infortunio; mañana, si mis palabras tenían alguna eficacia, la emplearía toda en agrupar los franceses contra el extranjero que nos trajese á Enrique V en sus brazos.

Si tuviera el honor de seguir formando parte de la cámara de los Pares, habria dicho en la tribuna lo mismo que acabo de manifestar en este folleto, salvo lo que tiene relación con el juramento, pues bajo este punto de vista mi posición no habria sido la misma.

Acaso mi voz será ya importuna; pero toleréla si quiera por ser la última vez que resuena en asuntos políticos, siguiendo las cosas en la misma situación que hoy ocupan. Dispuesto ya á ir á esperar la muerte sobre tierra extranjera, quisiera ser el único francés á quien le hubiera cabido la triste suerte del destierro; quisiera que la proposición de destierro no hubiese sido aprobada, y doy publicidad á mi opinión por salvar ciertas cabezas amenazadas de esa calamidad. En agosto pedía una corona para el duque de Burdeos: hoy no pido en obsequio suyo mas que la esperanza de una tumba en su patria: ¿será demasiado?

NOTAS.

Séame lícito hablar de mí mismo, supuesto que me ponen en el caso de tener que hacerlo. ¿Quién ha defendido mas acérrimamente que yo la Constitución? ¿Quién se ha manifestado mas enérgicamente opuesto que yo (1) á la dominación extranjera?

En mi Informe sobre la situación de Francia, presentado al rey en su consejo de Gante el 12 de mayo de 1815, dije:

«Demasiado comprendo, señor, cuán aflitivo habrá sido para vuestro corazón todo lo que acabo de decir. Nosotros participamos en estos momentos de vuestra real tristeza. No hay uno entre vuestros ministros y consejeros que no diera su vida para impedir que se realizara la invasión de la Francia. Señor, sois francés, y nosotros tambien nos preciamos de serlo. Sensibles al honor de nuestra patria, celosos de la gloria de nuestras armas, admiradores del valor de nuestros soldados, quisiéramos derramar en medio de sus batallones hasta la última gota de nuestra sangre para atraerlos á su deber, ó para partir con ellos triunfos que fuesen legítimos. No podemos ver sin el mas profundo dolor los males que se

(1) Véanse las Reflexiones políticas y la Monarquía con arreglo á la constitución. Hasta en el Genio del cristianismo he hablado con admiración del gobierno representativo.

preparan nuevamente á caer sobre nuestra patria; ¡ni podemos disimularnos que la Francia se halla en el mas inminente peligro. Dios ha vuelto á empuñar el azote que vuestras paternales manos habian dejado caer al suelo: es de temer que el rigor de su justicia no exceda la grandeza de vuestra misericordia. ¡Ah! ¡Señor! á la voz de V. M. los extranjeros respetando al descendiente de los reyes, al heredero de la buena fe de San Luis y de Luis XII, desocuparon la Francia! Pero si los facciosos que oprimen hoy á vuestros vasallos prolongasen su tiranía, ó si vuestros vasallos demasiado oprimidos no hicieran por su parte ningun esfuerzo para redimirse, vos mismo no seréis siempre dueño de suspender las calamidades que trae en pos de sí la presencia de los ejércitos. Afortunadamente vuestra régia solicitud se ha asegurado ya por medio de tratados de que se respetará la integridad del territorio francés, y que no se hará la guerra mas que á un solo hombre.»

En 2 de junio del mismo año con motivo de la declaración del congreso dije hallándome en Gante:

«Es imposible conquistar la Francia. Los españoles, los portugueses, los rusos, los prusianos y los alemanes lo han demostrado, y los franceses lo demostrarán á su vez que no es posible subyugar á un pueblo que combate por su nombre y por su independencia.»

Si se echa de ver que estos pasajes habian sido escritos y publicados en medio del ejército confederado habrá motivo de dar mas valor á las opiniones que manifiestan.

En agosto de 1816 al tratar de la política exterior en la monarquía con arreglo á la Constitución dije:

«¿Quién se habria nunca imaginado que hubiera franceses que para conservar sus miserables empleos, para hacer triunfar los principios de la revolución y para causar la ruina de la legitimidad, llegarían al extremo de apoyarse en autoridades extranjeras, y hasta amenazar á los que no piensan como ellos con fuerzas que gracias al cielo, no están en su mano?»

«Pero vosotros que con los ojos radiantes de alegría nos asegurais que los extranjeros quieren nuestros sistemas políticos (lo cual estoy muy distante de creer, vosotros que al parecer poneis vuestras nobles opiniones bajo la protección de las bayonetas extranjeras ¿no sois los que echábais en cara á los realistas el haber vuelto en los bagajes de los aliados?...»

«¿Qué es de aquellos heroicos sentimientos? Franceses tan altivos, tan sensibles al honor ¿sois vosotros los que tratáis de persuadirme que os permiten tener estas ó aquellas opiniones, y que os mandan seguir este ó aquel sistema? ¿Cómo no os mató la vergüenza al proclamar en una sesión, que cierto embajador queria absolutamente que se aprobara el proyecto del ministerio, y la proposición de las Cámaras fuera desechada? ¿Queréis que os crea cuando me decís (lo cual no pasa de ser una insignificante lumina) que un ministro francés ha estado conferenciando tres horas con un embajador extranjero para discutir un medio de disolver la cámara de los Diputados? Asegurais confiadamente que se ha comunicado cierta orden á un agente diplomático y que ha sido muy de la aprobacion de este. ¿Quién de nosotros merece mejor el nombre de francés? Vosotros que me habláis de extranjeros cuando os hablo de leyes de mi patria, ó yo, que he dicho á la cámara de los Pares las siguientes palabras: Debo sin duda á la sangre francesa que corre por mis venas esta inquietud que sufro, cuando para determinar mi voto se me habla de opiniones que no son las de mi patria: téngase entendido que si la Europa civilizada quisiera imponerme la Constitución, me iría á vivir á Constantinopla.....»

«¿Cómo los malos franceses que tratan de sostener su opinión por tan villanos medios no echan de ver

que obran directamente contra su propio objeto! ¡Qué poco conocimiento tienen del espíritu de la nación! Si fuese cierto que habia peligro en profesar las ideas realistas, veriais que toda la Francia corria presurosa á abrazarlas por ese mismo motivo. Un francés se coloca siempre al lado del peligro, porque está convencido de que allí únicamente es donde se encuentra la gloria.»

«No se adquiere respeto poniéndose sumisamente á los piés de un dueño: ni en un noble proceder puede haber nunca peligro. Cumplid religiosamente vuestros tratados; pagad lo que debeis: dad si es preciso vuestra última moneda, vended vuestra última porción de tierra, el último despejo de vuestros hijos para pagar las deudas del Estado, y por lo demás obrad como os dé la gana; os quedareis desnudos; pero sereis libres. Disipad vanaos temores: los soberanos de Europa son demasiado magnánimos para intervenir en los asuntos particulares de Francia.»

«Los mismos aliados han librado á sus propios países del yugo de los franceses: saben muy bien que las naciones deben gozar de esa independencia, que puede arrancárseles por un momento; pero que por último necesariamente tienen que volver á conquistar: *Spoliatis arma supersunt.*»

En la tribuna de la cámara de los Pares he pronunciado (2 de marzo del presente) estas palabras sacadas de mi Opinión sobre el proyecto de ley relativo al modo de reemplazar el ejército.

«Sin duda cualquiera que tenga una gota de sangre francesa en sus venas debe desear con todo el afán de su alma, debe estar pronto á comprar por medio de cuantos sacrificios le sean posibles la redención de su país: nuestros corazones palpitarán de alegría cuando veamos ondear la bandera blanca sobre las almenas de todas las ciudades de Francia. Mas aun al vernos en posesion de los bienes mas preciosos para un pueblo, de un bien sin el cual no hay felicidad posible para la dignidad de nuestra independencia, aun entonces tendremos que aplicar nuestra atención á curar las heridas que un sofístico sistema nos ha causado.»

No es posible hacer de modo que el lector esté al corriente de todas las prevaricaciones y necesidades de la censura. Cierta periódico al anunciar las obras de Mr. Desaugieres habia dicho que era el mas festivo y espiritual de los cancioneros: la censura borró esta frase, ¿por qué? Porque uno de los censores se precia de cultivar ese mismo género de literatura.

Otro periódico citó una mala estrofa del mismo censor, y al momento se suprimió la estrofa y el periódico tuvo que salir á luz sin ella y sin poder dejar blanco.

Un antiguo artículo de cierto censor que en otros tiempos habia hecho oposicion al ministerio se habia quedado olvidado entre los papeles de la redaccion de un periódico independiente: no faltó quien maliciosamente se lo presentara á la censura actual: el padre conoció al momento á su hijo y lo degolló con sus tijeras. La censura puede jactarse de tener un Guzman el Bueno, y un Junio Bruto.

Mr. Carlos Dupin habia dirigido á un excelente periódico literario un artículo que posteriormente se ha impreso por separado con el epígrafe de Homenaje á los habitantes de la Francia meridional. Este artículo fue enteramente suprimido sin que pueda achacarse la razon de haber obrado así la censura á otro motivo que al haber Mr. Dupin invitado á los habitantes del Mediodía de la Francia á aprender á leer, y al haber citado sin oportunidad dos pares de Francia.

Esa es una muestra de las necesidades de la censura

v pueden aun verse obras muchas en cierto escrito lleno de animacion cuyo título es *Cartas de la Girafa al Bajá de Egipto*. Hé aquí ahora lo que nuestros vecinos piensan acerca de esta censura: cosa que los periódicos están muy lejos de podernos decir.

Ocioso me parece el volver á repetir el artículo del *Correo inglés*, citado anteriormente en mi folleto *Sobre el restablecimiento de la censura*, ni el artículo del *Times*, de que hace mencion el autor de la *Carta de la Girafa al Bajá de Egipto*.

En este instante acabo de recibir de uno de mis nobles colegas los siguientes documentos que me apresuro á poner en conocimiento del público.

Al Señor redactor de...

Muy señor mio:

«Dispensad que me valga de vuestro periódico para expresar mi profunda gratitud por los numerosos testimonios de amistad y de aprecio recibidos por parte de mis honorables hermanos de armas de la antigua Guardia Nacional de París. No siéndome posible responder á las multiplicadas cartas y pruebas de benevolencia con que diariamente se dignan honrarme por el discurso que pronuncié en la tribuna de la cámara de los Pares en 19 de junio, permitid que por conducto de vuestro periódico pueda darles las gracias, manifestándoles cuan sinceramente apruebo sus opiniones, y suplicándoles se dignen creer que mi adhesión y gratitud siempre irán al par de la respetuosa admiración que profeso hácia aquel ilustre cuerpo cuyo recuerdo conserva la patria con tanto dolor como gloria.

«Dignaos, señor mio, aceptar la sincera expresion de mi voluntad y el distinguido respeto que os profeso.

El duque de CHOISEUL.»

París, julio de 1827.

M. Armand Bertin, por medio de una carta cuya fecha es del 8 de julio, hizo saber al señor duque de Choiseul que el anterior remitido habia sido borrado por la censura en el *Diario de los Debates*.

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL Á M. EL VIZCONDE DE BONALD.

«SEÑOR VIZCONDE:

«Siendo par de Francia, habeis aceptado el ejercicio de funciones en el comité superior de la censura; permitidme pues, que como colega vuestro en la Cámara de los Pares, tenga el honor de consultaros sobre un hecho que me concierne personalmente.

«Por de pronto, debo informaros, que desde el licenciamiento de la Guardia Nacional de París, he recibido despues de mi discurso del 19 de junio en la cámara Alta, una multitud de cartas y de testimonios de gratitud por parte de las personas á quienes por mucho tiempo tuve el honor de mandar.

«No siendo posible contestar á cada una de estas ven particular, dirigí antes de ayer la carta cuya copia acompaño á los señores redactores de los *Debates*, del *Correo* y del *Constitucional*. Hace poco, he tenido el disgusto de saber, que mi carta ha sido

»borrada, y la censura no ha permitido su insercion en dichos periódicos.

«Sin entrar aquí en discusion de los derechos de un par, y de los de la censura superior, cuestion que me reservo deslindar en otro lugar mas oportuno, he creído deberme dirigir desde luego á vos, señor vizconde, suplicándoos hagais cesar ese escándalo, bien persuadido de que el sentimiento de vuestra propia dignidad y decoro, os obligarán á dar las órdenes necesarias que yo reclamo como par de Francia y como ciudadano francés.

«Dignaos aceptar, señor vizconde, la seguridad de mi alta consideracion,

«El duque DE CHOISEUL.»

París 9 de julio de 1827.

CONTESTACION DEL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD AL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL.

SEÑOR DUQUE:

Daré cuenta al consejo de la carta que me habeis hecho el honor de dirigir y de la reclamacion que en ella se contiene, sobre lo cual tendré el honor de comunicaros su resultado.

Tened á bien señor duque, aceptar la seguridad de mi alta consideracion.

El vizconde DE BONALD.

París 9 de julio de 1827.

Al dia siguiente ó al otro de la anterior contestacion de M. de Bonald, á M. de Choiseul, borró la censura el siguiente artículo que habia sido insertado en el *Constitucional*.

El señor duque de Choiseul ha escrito como par de Francia á su colega M. de Bonald, presidente de la comision de Censura, quejándose de que esta no le habia permitido insertar una carta que habia dirigido al *Constitucional* relativa á la Guardia Nacional de París. M. de Choiseul insiste particularmente en la extrañeza que le causa el que la censura no le permita á un par de Francia usar de la prensa periódica para manifestar sentimientos tan conformes con el honor y el patriotismo.

Por último, en 15 de julio recibió la contestacion siguiente:

París 14 de julio de 1827.

«SEÑOR DUQUE:

«El consejo de vigilancia de la censura, en vista de la carta que habeis hecho á su presidente el honor de dirigir, y en la cual V. S. reclama contra la supresion hecha por la censura con referencia á su carta á los señores de la llamada en su tiempo Guardia Nacional de París, dirigida á los periódicos de los *Debates*, *Correo* y *Constitucional*,

«Ha decretado por unanimidad, que se cumpla y sostenga la providencia tomada por la censura, y encarga á su presidente lo ponga en conocimiento de V. S.

«Dignaos, señor duque, aceptar etc.

«El presidente del consejo de vigilancia de la censura,

«El vizconde DE BONALD, par de Francia,

Al señor duque de Choiseul, par de Francia.»

CONTESTACION DEL SEÑOR DUQUE DE CHOISEUL AL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD.

París 15 de julio de 1827.

SEÑOR VIZCONDE:

«Acabo de recibir la carta que como presidente del consejo de vigilancia de la censura, me habeis hecho el honor de escribir.

«En ella me dais conocimiento de haber el consejo decretado por unanimidad que se cumple y sostenga la providencia tomada por la censura, y no me indicais ninguno de los motivos que pueda haber para obrar de ese modo.

«La inconveniencia de esa forma es el indispensable resultado del primer procedimiento.

«No pudiendo como par de Francia, reconocer por tribunal á un comité de censura; no pudiendo tampoco someterme á otras providencias que á las dictadas por la cámara de los Pares en casos extraordinarios y á las de los tribunales en los casos comunes, me creo obligado á no dejar envilecer nuestra alta dignidad, protestando contra tan culpable violacion de nuestros derechos.

«Dignaos, señor vizconde, etc.

«El DUQUE DE CHOISEUL, par de Francia.»

Es de esperar, que tanto escándalo dará al traste con la censura, y el gobierno no se obstinará en sostener un estado de cosas tan alarmante.

FIN DE LAS MISCELÁNEAS POLÍTICAS.

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE

LAS MISCELÁNEAS POLÍTICAS

DE M. DE CHATEAUBRIAND.

La principal cualidad de un historiador, y lo que con mas derecho puede el público exigir, es la imparcialidad. Sin esta garantía indispensable el lector que para instruirse busca la verdad en una obra, temiendo constantemente marchar por el camino de la mentira ó de la exageracion, y dejándose llevar de un justo espíritu de desconfianza, rehusará dar crédito á las verdades mas incontestables. La imparcialidad, es pues, uno de los mas decorosos sentimientos que deben animar á un escritor, y en obsequio del cual debe sacrificar sus mas caras afecciones. Si se desentiende de este deber sagrado, atrae sobre sí la mas terrible responsabilidad, pues en vez de ilustrar, nos rodea de tinieblas, haciéndonos participar por medio de las falsas descripciones que nos hace de los hombres y las cosas, de su injusta admiracion al vicio que se ha propuesto adular, y de su criminal desprecio á la virtud que ha intentado abatir. Lícito es, sin duda, al escribir la historia de un monarca, echarle en cara su ambicion si realmente la ha tenido; sus crueldades, si ha lavado sus crímenes en sangre para hacerlos pasar por razones de Estado; sus dilapidaciones ó rapiñas si ha arruinado voluntariamente el tesoro; su exagerado amor á la guerra, particularmente si este amor no ha tenido mas base que la injusticia ó siendo inspirado por un falso punto de honor, ha comprometido la libertad y el bienestar de las naciones. Lícito es ciertamente, aborrecer los laureles que adornan sus sienes, cuando no han redundado mas que en provecho suyo, y han provocado guerras, y cuando aquel monarca ha desdeña o las condiciones de una paz honrosa que le proponian tal vez los mismos que se veian injustamente acometidos. Lícito, mas

que lícito, altamente provechoso, es consagrar á la abominacion de las generaciones futuras la memoria de un tirano, trazando el espantoso cuadro de sus crímenes; mas para ser creído y apreciado de sus conciudadanos, para tener con justo título el lisonjero derecho de haberles sido útil, es preciso ante todo que el historiador aspire á no decir mas que la verdad, y tenga el prudente valor de alabar en el tirano lo que realmente sea digno de alabanza. Es preciso que entre las acciones turbulentas y egoistas, sepa discernir las que descuelen notablemente por un distinguido mérito: debe en una palabra el escritor trazar el retrato del tirano con tal puntualidad, que ni se rebajen sus vicios, ni se disimulen sus perfecciones, si es que las ha tenido. Mas si por oposicion de pandillaje se entrega el historiador al prurito de afear los sucesos; si por resucitar la gloria de un partido arruinado, se empeña en negar la evidencia de algunos hechos anotados ya en las páginas de la historia; si deja en profunda oscuridad las bellezas de un retrato conocido ya de todo el mundo, y solo pone en evidencia las deformidades, lejos de conseguir el objeto que se habia propuesto, no hará mas que acabar de poner en relieve la debilidad de los que se declararon por enemigos de aquel tirano, y la impotencia de todos sus vanos esfuerzos.

M. de Chateaubriand, que con tan justos títulos ha inmortalizado su nombre tomando puesto entre las mas brillantes notabilidades literarias de la Francia, no ha tenido en estas *Misceláneas políticas* toda la generosa é independiente imparcialidad que el mundo podia esperar de hombres de su talento. Es ciertamente sensible, que el mas ilustre y leal defensor de